



BÉSAME, TONTO

Kiss me, stupid
Billy Wilder, 1964

Sinopsis • Argumento • Comentario • Reparto

SINOPSIS

Dino, un famoso cantante, recalca por accidente en Climax, una pequeña ciudad de Nevada. Dos compositores del lugar, Orville y Barney, ven llegada la ocasión de vender alguna de sus canciones. Barney propone utilizar a Zelda, la mujer de Orville, como cebo para atraer a Dino. Orville se niega y deciden sustituirla por Polly, una prostituta. Arrojada de su casa, Zelda vaga en la noche hasta llegar a un club de alterne donde, sin proponérselo, ocupa el lugar de Polly.

ARGUMENTO

Las Vegas. Luminosos que anuncian la actuación de Dino. La estrella canta *It's wonderful*. De vez en cuando interrumpe la canción para hacer algún chiste sobre su éxito con las chicas. Todos ríen, excepto un camarero que permanece serio. Dino anuncia su inminente salida para Hollywood, donde hará una película con Frank Sinatra, Sammy Davis Jr. y Joey Bishop. Se titula *Mujercitas*. También bromea sobre Bing Crosby. El camarero serio recibe sendos codazos de sus compañeros. Los mira, buscando la razón, y cree comprender: todos tienen la servilleta sobre el brazo derecho, mientras que él la tiene sobre el izquierdo. Se cambia la servilleta de brazo y sigue serio.

Dino finaliza su actuación. Es felicitado: “-¡Te los has metido en el bolsillo! - Ya decía yo que me pesaban mucho”. Varias de las bailarinas dicen a Dino que le esperan en su cuarto. Él dice a todas que sí, pero ordena que empaqueten sus cosas y las lleven al coche. “-¿Te vas a marchar sin despedirte de nadie? -Naturalmente. Si empiezo a decir adiós a todas esas damas tendrás que sacarme de aquí. Lo que quede de mí. En una caja de puros”.

Dino en su coche, camino de Los Angeles. La policía tiene cortada la carretera. Dino: “-¿Qué pasa? ¿Están buscando otra vez a Frank Sinatra?”. Se ha producido un embotellamiento. Dino tiene que tomar un desvío que pasa por Climax. [Fin de los créditos]

Climax. Un camión se detiene en la gasolinera de Barney. El conductor hace sonar el claxon de un modo insistente. Sale Barney: “-¿Lleno? -Sí”. Barney toma la manguera y se dirige al depósito del camión. El conductor le muestra su mechero: “-No, no. Aquí”. Barney le echa un chorrito. El camionero enciende un cigarro. Barney: “-¿Alguna cosa más? -No, gracias”. Arranca y se va. Barney grita: “¡Eh! ¡Que no me ha dado los cupones!”.

Por detrás del camión que se aleja aparece un chico en bicicleta. Tras saludar a Barney, el chico aparca frente a una casa y, partitura en mano, se dirige hacia la entrada. Su llegada coincide con la salida de una chica. Del porche de la casa cuelga una gran placa: "Orville Spooner, piano lessons".

Interior de la casa. El chico practica el *Para Elisa* sin ninguna convicción. El profesor lleva una camiseta con la efigie de Beethoven. Entra una mujer: "-¿Orvi? -Sí, mi vida, ¿qué pasa?". Ella introduce su mano bajo la camiseta de Orville, que se pone en lo mejor: "¡Cariño, ahora no!". Ella saca la mano, en la que lleva un bolígrafo, y se va a la cocina. Súbitamente, Orville tiene un presentimiento y corre a espiar a su esposa. Ella escribe algo en un papel y lo pone en el gollete de una botella vacía, que saca a la escalera. Una nota desafinada obliga a Orville a regresar a su tarea: "-Mulligan, además de un oído de lata tienes dedos de plomo. ¿Quién fue el burro que te dijo que estudiaras piano? -Usted, señor. -Porque me hacía falta el dinero de las lecciones".

Mientras Orville alecciona a Mulligan, llega el lechero. Orville se acerca a la ventana para acechar a través de la veneciana. Desde allí ve al lechero leer la nota de su mujer y corre afuera para salirle al paso: "-¡Eh, oiga! -Hola, señor Spooner. -¡No me diga hola, conozco a los tipos como usted. Arrastrándose por debajo de las puertas. Muy bien, ¡démela! -¿Darle qué? -La nota que le entregó mi esposa. No soy ciego, ni tonto, ni lo que usted cree". El lechero le da la nota, en la que la mujer pide dos litros de leche y una docena de huevos. Orville disimula diciendo que lo debe controlar todo porque ella siempre olvida encargar leche de manteca: "Como a ella no le gusta, a los demás que nos parta un rayo".

De vuelta al salón, la llegada de su mujer obliga a Orville a esconder en el piano la botella que ha comprado. Ella le pide que le suba la cremallera. Se le ha hecho tarde y no quiere hacerle esperar: "-¿A quién? -Al dentista. -¡Fuiste hace poco! -Tengo que ir cada tres meses. El doctor dice que tengo las encías tiernísimas". Antes de que salga su mujer, Orville repara en las flores que lleva. Se las ha traído Mulligan. Cuando ella se va, Orville deja correr sus celos de nuevo: "-¿Cuántos años tienes? -Catorce, casi quince. -Demasiado hombre para tu edad, ¿verdad? -Eso dice mi prima. -[Cogiéndolo por el pecho] ¡No te acerques a mi esposa o te mato! ¡Portarte así con tu profesor de música! ¡Traer flores a una mujer casada!". Con la camiseta echa jirones, Mulligan escapa, perseguido por los gritos de su profesor, que le llama "Rascapianos" y "Niño precoz".

Barney corre hacia Orville. Trae en su mano la letra que ha escrito para la última canción de Orville: *Yo soy un huevo frito*. "¡Le he puesto una letra muy romántica! ¿Quieres oírla?". A regañadientes, Orville se sienta al piano y toca. Barney canta: "Soy una chuleta de cerdo sin tostada, un pudding de Yorkshire sin carne asada, soy una casa encantada sin fantasma cuando estoy sin ti. Soy una trampa para ratones sin queso, soy Viena sin los vieneses, soy Da Vinci sin una Monna Lisa..." Orville lo interrumpe: "-¿¡Monna Lisa!?! -Eso da fama hoy en día: la caradura. Es la clave del éxito".

Orville se levanta, desanimado. Llevan 52 canciones enviadas a editores, compañías de discos, cantantes... "-¿Y hemos recibido noticias de alguno? ¡No! Se quedan con los sellos que enviamos para la respuesta. -Irving Berlin escribió más de cien canciones antes de atinar con su *Ragtime Band*. ¿Y qué me dices de George Gershwin y Richard Rogers? -Ellos eran profesionales; nosotros, aficionados,

enterrados aquí en Climax”. Barney logra convencer a Orville de que vuelva a tocar, y reanuda su canción: “Soy Las Vegas sin máquinas tragaperras, soy un gitano sin pandereta, soy Napoleón sin Josefina cuando estoy sin ti... ¡Pero qué bien interpreto!... Soy un médico sin una sola píldora, soy un abogado que nunca ha redactado un testamento, soy un dentista sin una muela que empastar...”. La mención al dentista hace que Orville vuelva a escuchar la llamada de los celos: “-¡Encías tiernas! ¡Ése además de dentista es un sinvergüenza! -¿De qué estás hablando? -Del dentista de Boston, estrangulador de hogares felices. Ella ahora está allí, en la silla. Él la va echando hacia atrás, le aplica gas hilarante, ella ríe, él ríe también, los dos se ríen, ¡de mí!”.

Orville llama a la consulta. El dentista cuenta chistes a una paciente, que ríe de un modo incontenible. Al descolgar el teléfono, las risas llegan hasta Orville: “-¡Sé de lo que se están riendo usted y mi mujer! Déjeme hablar con ella! -[Dentista, a la paciente] Señora Mulligan su esposo al teléfono. -[Orville] ¡Yo no quiero hablar con la señora Mulligan, quiero hablar con la señora Spooner! -¿La señora Spooner? No está aquí. No tiene hora hasta el próximo miércoles. -¿El miércoles? [Orville comprende el patinazo] Le daré el recado cuando vuelva a casa”. Cuelga y se dirige alborozado a Barney: “¡Tenías razón! ¡Me estaba preocupando por nada! ¡No está allí!”.

Orville y Barney vuelven a la canción. Cuando Barney menciona a Casanova, Orville vuelve a interrumpirse: “¿Por qué no está allí? ¿Dónde está? ¿Por qué razón me ha mentado? Johnny Mulligan, claro. Su madre está en el dentista, él está solo en casa y ella con él”. Barney trata de hacerle razonar, pero Orville se revuelve: “-¡A saber si habrá estado contigo hace un rato! ¡Qué gran preocupación la mía! Estoy casado con la chica más bonita de la ciudad y va a dejarme el día menos pensado. -Y hará bien. ¿Sabes por qué? Porque eres un don nadie, un profesor de piano a duro la hora, y como estipendio extraordinario algún funeral. Una mujer tan hermosa como la tuya se lo merece todo: abrigos de visón, zapatos de serpiente, bolsos de cocodrilo... Orvi, todo lo que hace falta es un éxito, uno solo. ¿A que Irving Berlin no teme perder a su mujer? -Es muy fea”. Los dos vuelven a la canción.

Dino llega a la gasolinera. Barney corre a atenderle: “-¿Qué va a ser, caballero? -Afeitado y corte de pelo. ¡Servicio completo, flacucho!”. Barney reconoce a Dino y se queda maravillado: “-¿Sabe usted quién es usted? -¡Un genio, el más grande, el más guapo! -¡Orvi, ven, corre! ¡Mira quién está aquí! -¿Quién? -[Barney quita las gafas al cantante] ¡Dino! [Luego presenta a su amigo] Es Orville Spooner, toca el piano, y el órgano de la iglesia. Es un músico fabuloso. -[Dino] El rostro me es familiar. -¿Verdad que sí? -El suyo no, el del jersey”. Dino se va al lavabo. Barney dice a Orville que vaya tras él y tararee una de sus canciones. Dino trata de escapar de la persecución de Orville. Sube al coche y se marcha. Orville a Barney: “-He metido la pata. A saber cuándo pescaremos otra oportunidad. -Yo diría que dentro de tres minutos. -¿¡Tres minutos!? -Desconecté el carburador. Tiene gasolina para recorrer una manzana [Barney repasa el recorrido que debe de estar haciendo Dino] Tendremos noticias tuyas dentro de diez segundos”. En efecto.

La grúa remolca el coche de Dino hasta la gasolinera. Dino: “¿Qué es esto, truco o incapacidad? ¿Seguro que no ha estropeado el motor?”. Barney diagnostica que no podrá estar listo hasta el día siguiente, lo que obliga a Dino a pasar la noche en Climax. Barney lo convence para que sea huésped de Orville.

Orville carga el equipaje de Dino hasta su casa. “-Aquí hay mucho silencio, puede echarse una buena siesta. Luego cenaremos y a continuación nos sentaremos al piano a cantar algunas canciones. -¿Es el único plan del pueblo? -Oh, no. Hay una bolera. O puede quedarse fuera de los almacenes Pringle y ver la televisión en color que han puesto en el escaparate. -No me comprende bien, amigo. ¿Qué pasa con las chicas por aquí? -¿Chicas? ¡Ah, usted quiere decir un ligue! -Sí, es un hábito para mí, como el respirar, aunque si me excedo una noche me despierto al día siguiente con dolor de cabeza [Se echa en la cama]. -No, no, este es nuestro dormitorio. El suyo es aquél [se lo muestra]. ¿Qué tal? Una combinación de sala de costura y cuarto de huéspedes”. Dino hunde uno de sus puños en el colchón, que suena como un piano: “Esta cama está desafinada”.

Orville deja el equipaje en el suelo: “En cuanto a su problema... ¿Por qué no prueba en el Belly Botton? [En primer plano, el busto de un maniquí] Se trata de un parador en las afueras del pueblo. Allí sí se encuentra lo que usted busca. Bueno, yo no voy por allí, soy un hombre casado”. Dino se vuelve y se fija en el busto: “¿Su mujer? -[Con orgullo] Sí señor. Es mi costillita. Se llama Zelda. -[Sin dejar de mirar el busto] ¿Y esto para qué es? -Ella cose, hace punto, prepara conservas, cultiva su propio perejil. -[Girando el maniquí] Debe de ser una chica muy habilidosa. -¡Vaya si lo es! -¡Qué suerte! ¡Granuja!”. Orville se da cuenta de lo que pasa por la mente de Dino. Coge el maniquí y retrocede hasta la salida de la habitación: “Supongo que estará bien instalado aquí. Si precisa algo más... [Su vista repara en el busto del maniquí y acelera su salida] ¡Adiós!”. Una vez fuera, cubre el maniquí con su jersey. Se oye frenar un coche. Orville guarda el maniquí en un armario.

Llega Zelda con una caja. Al ver a Orville, trata de esconderla. “¿Qué tal te ha ido en el dentista? -Muy bien. -¿Te hizo daño? -No, pero tendrá que sacarme la muela del juicio. -¡Estás mintiendo, Zelda! -Bueno, quizá pueda salvarla. -¡Tú no has estado en el dentista! ¿Dónde has estado hoy? -En casa de mi madre. -¿En sábado?”. Zelda, que ha ido retrocediendo por toda la casa con la caja a la espalda, alza también la voz: “Estoy harta de que me espíes, de que me interrogues y de que cuentes el kilometraje de mi coche. -¡No cambies de tema! -Me vacuno y en cuanto me ves quieres saber quién me ha mordido. -Pues bien, ¿quién te ha mordido? Digo, ¿dónde has estado? ¿Y qué hay en esa caja delatora? -Es un regalo para mi amante”. Orville se lanza sobre la caja y la abre. En su interior hay una tarta. Es el quinto aniversario de su matrimonio. Zelda: “¡lba a darte una sorpresa y lo has estropeado!”. Orville la abraza y se disculpa.

Zelda cuenta a Orville que ha visto a Dino en el pueblo. De un mueble saca un disco del cantante: “¡Casi me desmayé! ¡Estoy loca por él desde los dieciséis años. Fui presidenta del club de sus fans, y secretaria, y tesorera. Éramos dos: yo y Rosalía Schultz, pero ella se rajó y se pasó a Miller”. Zelda quiere entrar al cuarto de costura para terminar un camisón negro. Orville la retiene: “No necesitas camisón, y no hay por qué esperar hasta la noche [la besa y la arrastra hacia el dormitorio] ¿Por qué no...? -¡A media tarde! -Ahí está la gracia: la novedad, el suspense de lo inesperado. -Orville, ¿has estado leyendo Play-Boy otra vez?”. Orville la deja en el dormitorio, cierra la puerta y va al cuarto de costura para confirmar que su huésped está durmiendo.

Dino, sentado en la cama, observa con detenimiento el camisón de Zelda. El encaje proyecta luces y sombras sobre el rostro de Orville, asomado a la puerta. Alarmado, sale en busca de Barney, que viene cargado de productos italianos para la cena, entre los que destaca una botella de chianti con un metro de cuello. “-¡Barney,

ese tipo es un sátiro! -Eso es problema suyo. -Pero es que se trata de mi mujer. La persigue. Y lo que más me mosquea es que ella está loca por él. -¿Qué hay de malo en eso? A él le gusta ella, a ella le gusta él. Mientras tanto tú vas dándole a las canciones”. Orville agarra por la pechera a Barney: “-¡Miserable! ¿Estás sugiriendo que mi mujer sirva de anzuelo? Antes me moriría de hambre. Estoy loco por mi mujer, la adoro, la venero. -¿Te fías de ella? -¡No!”.

Zelda, en ropa interior, pasa al aseo. Un hombre se está duchando. A través de la cortinilla, Zelda le golpea en las nalgas: “¡Te espero, play-boy!”.

Afuera, Barney sigue tratando de convencer a Orville: “-¿Por qué hemos de librarnos de él? ¿Por qué no de ella? Envíala fuera esta noche. -No servirá. Ese individuo no va a pasarse la noche aquí, solo conmigo, comiendo macarrones y escuchando nuestras canciones. Se irá al Belly Button en busca de mujeres. -¡Ya está! ¿Por qué tiene que ir él al Belly Button? ¿Por qué no le traemos el Belly-Button a él? Una vez libres de Zelda vamos en busca de una de esas camareras y se la traemos aquí. -¿Y qué disculpa le pongo? ¿Que tenía miedo de que se propasara con mi mujer y he hecho el relevo con una mujerzuela? -No tienes que explicar nada. Sólo presentarla como tu mujer. Podrá besarla, pellizcarla, abrazarla, hacerle cosquillitas...”. La enumeración de caricias hace correr a Orville al interior. En el cuarto de huéspedes suena el somier como si una pareja estuviese haciendo el amor. Orville se asoma y ve a Dino, que se ha subido a él para desenganchar la persiana. Orville vuelve a cerrar la puerta. Dino echa en falta el cinturón de su bata y vuelve al baño. Tras la cortina, se ducha Zelda. Dino la golpea en las nalgas: “¿Vamos, costillita?”.

Afuera, Orville tira la toalla: “-De acuerdo, tú ganas. Pero dime sólo una cosa: ¿cómo me libro de mi mujer? -Eso es facilísimo. ¡Sacúdela! -¿Pegarla? -Inicia una discusión, haz que se enfade contigo, tírale un tomate a la cara. Hay muchas maneras. -¿¡Quieres que estropee mi matrimonio!?! -¡Es sólo por una noche! Ella llora un poco, se va a casa de su madre y mañana por la mañana le compras un bonito regalo, que ya podrás hacerlo porque habremos vendido nuestras canciones... -O sea que, sin más ni más, le doy un tomatazo. -¡En toda la cara!”. Barney se va al Belly Button. Orville entra con las compras. Zelda: “-Orville, ¿por qué te has vestido otra vez? -¿Otra vez? -Después de ducharte. -¡Oh, claro! Me he vestido otra vez porque tenía frío. -[Abrazándose a él] A mí me pareció que tenías calor. -¿Cuándo? -Cuando estaba yo en la ducha. Pensé que ibas a meterte en ella conmigo. -¿Lo hice?”.

Orville va a dejar las bolsas en la cocina. Dino sale: “-¿Cuándo voy a conocer a su mujer. -Acaba de darse una ducha. Bueno, qué le voy a decir a usted. - Así es que cultiva su propio perejil. -Sí, lo probará en la cena. -Tengo la corazonada de que va a resultar una gran noche”. Dino vuelve a su cuarto. Orville abre el frigorífico y encuentra medio pomelo: “Esto puede sustituir al tomate”.

Zelda espera ojeando las fotos de la boda. Orville aprovecha para insultar a su suegra, pero Zelda le da la razón: “¿Por qué crees que me casé? Para huir de ella”. Orville sigue intentándolo, pero su mujer se burla de sus gritos: “¿Qué es esto? ¿Una especie de juego nuevo?”.

Llaman a la puerta. Son el reverendo, la señora Mulligan y Rosalía, que están recogiendo firmas para que cierren el Belly Button. Rosalía: “-Es una desgracia, un lugar inmundo, una mancha en nuestra comunidad. -[Reverendo] Dicen que consienten a los menores utilizar las máquinas de cigarrillos. Rosalía y yo entramos allí

para investigar y dos desconocidos se nos acercaron y querían convidarnos a un Bloody-Mary. -[Rosalía] Tuve la clarísima impresión de que en aquel local el amor está en venta. -[Orville] ¡*Amor en venta!* Cole Porter, millón y medio de discos". Orville pide la lista y firma. Las mujeres aceptan un trozo de tarta. El reverendo se excusa: "No, gracias. Por el colesterol. Sin embargo, si me da ese medio pomelito. -La verdad es que lo guardaba para mi mujer".

Barney en el Belly Button. Propone a Polly un trabajo para toda la noche a cambio de 25 dólares. Polly corre a su roulotte en busca de una prenda para cubrir sus hombros. El televisor está encendido. Echan una del Oeste. Un loro que se llama Shakespeare corea los disparos. Polly le da su cena: "-Y a ver hasta qué hora te quedas viendo la televisión. Es malo para la vista. -¡Bang, bang!".

El trío guardián de las buenas costumbres se despide de los Spooner. Orville al reverendo: "-¿Por qué no se lleva a mi esposa? Es muy hábil en esto de pedir. -Agradezco su sacrificio, pero nunca en su aniversario". Orville vuelve a intentar enfadar a Zelda, diciendo que él es un habitual del Belly Button, pero ella lo arrastra al dormitorio. Mientras ella retira la colcha, él aún insiste: "¡Pobre Zelda! La esposa es siempre la última en saberlo. Para tu información y aunque te duela, te la llevo pegando años. Y no sólo con esas camareras, sino también con tus mejores amigas". Ante el nuevo fracaso, Orville se muestra irascible: "La verdad es que no te importo un pimiento. Si te importara estarías celosa, lucharías por mí". Abre el armario y empieza a meter en la maleta sus jerseys con las efigies de Bach, Tchaikovsky, y sale. Zelda: "-¿Y adónde vas a ir? -¡A casa de mi madre! [sale y regresa] ¡Ahora que caigo, si es al revés! ¡Eres tú quien se va a casa de tu madre! -[Preocupada] Cariño, ¿qué te ocurre? Llevas todo el día con ganas de bronca. -[Vacando la maleta y llenándola con ropa de Zelda] ¡Por tu propio bien! Aquí no hay sitio para los tres. -¿Para los tres? -¡Para los cuatro! ¡Márchate! -¡Orville! Soy yo, tu mujer. ¿Recuerdas? Hoy hace cinco años que prometimos, amarnos, honrarnos y protegernos y tú estabas tan nervioso que pusiste el anillo en el dedo del cura. -¡Basta ya de sentimentalismos estúpidos!". Le pone la maleta en la mano y la echa. Ella sale llorando. Él la retiene: "-¡No llores, costillita, que me ablandas! Mañana te lo explicaré todo. -¡Ni mañana ni nunca! ¡Vete a la porra!".

El coche de Zelda se cruza con el camión de Barney. En casa de Orville, Polly lo reconoce como organista de la iglesia. Orville siente cierto alivio: "-¿Va usted a la iglesia? -Con las chicas del Belly Button. La gran Bertha nos lleva en su furgoneta. -Me parece muy bien. Al menos conservan esa buena costumbre. -Bertha dice que eso mejora nuestra reputación". Polly estornuda. Orville la lleva al dormitorio y le entrega unas ropas de Zelda, diciéndole que debe hacerse pasar por su mujer. Creyéndole un perverso, Polly hace ademán de marcharse, pero él le explica el plan. La chica coge el vestido y va a cambiarse al aseo. Al estornudar se le desprende la bola que lleva en el ombligo y rueda por debajo de la puerta hasta el cuarto donde duerme Dino. Orville entra a cuatro patas y mete la cabeza bajo la cama. Dino: "-Amigo, ¿qué está haciendo por el piso de abajo? -Buscando el ombligo de mi esposa. -¡Ah!". Vuelve a echarse. Inmediatamente, se da cuenta del absurdo y vuelve su rostro perplejo hacia la cámara.

Orville prepara sus canciones ante el piano. Polly prepara la mesa, poniendo unas velas que encuentra en un cajón: "Para cenas íntimas, la romántica luz de las velas es indispensable. Leo todas esas cosas en *La revista del hogar para la mujer: lo que toda novia debería saber, cómo hacer feliz a tu marido*. ¿Cómo nos conocimos tú y yo? -¡Qué pregunta! Te traje Barney. -No. Tú y Zelda. Yo soy Zelda, ¿recuerdas? Es por si sale a relucir. -¡Ah! Tú cantabas en el coro. Yo te descubrí en

seguida porque siempre dabas la nota, desafinabas. Tu madre trabajaba en un banco de sangre y yo, para hacerme el simpático, iba allí tres veces por semana y daba un litro de sangre. Los otros tres días me escapaba a Silver City y me hacía transfusiones. -¡Vaya! Deberías estar loco por... por mí. -Sí, lo estaba. -Y, ¿cómo te declaraste? -Fácil. Escribí una canción de amor y una tarde, mientras afinaba tu piano, la toqué para ti. -¡Qué ilusión! Que alguien escriba una canción entera para una. Oye, cuando yo iba a la escuela tenía un compañero que me escribía versos. -¿Qué clase de versos? -Blancos. Los escribía con tiza en las paredes”.

Polly y Orville en la cocina. Mientras preparan la cena, Polly cuenta que trabajó de manicura. Pensaba abrir un salón de belleza, pero conoció a un vendedor de hula hoops. [Mueve las caderas como si tuviera uno en la cintura. Orville, a su espalda, agarra la botella de chianti por el cuello. Los movimientos de Polly ayudan a descorchar la botella]. El vendedor desapareció llevándose el dinero de Polly. A ella no le extraña porque el tipo tenía pequeñas las lunas de las uñas. Orville, en cambio, las tiene grandes, lo que, según Polly, lo identifica como caballero. Procedente del aseo les llega la voz de Dino, que canta *It's wonderful*. Orville revela a Polly la identidad del hombre para el que está reservada: “¿Dino? A mí me gusta más Andy Williams”.

Orville revisa los últimos detalles. Su mano derecha vuela hacia el escote de Polly: “-Desabrocharemos un par de botoncillos. -Tu esposa no lo haría. -Es verdad. ¡La sortija! Debes llevar un anillo. Ten, ponte éste [le da el suyo]. -Oye, no habrá una ley que condene llevar anillo sin estar casada. -¡Qué inocente eres!”. En el salón, Orville ensaya una puesta en escena hogareña. Cuando Dino sale los encuentra uno sobre el otro en la mecedora, besándose. Tras hacer las presentaciones, Orville se ofrece a servir algo de beber. Polly pide crema de leche. Orville saca la leche del piano.

Desde la cocina, Orville invita a Dino a adivinar el peso de Polly. Dino la levanta en el aire y hace una estimación. Repite, y vuelve a evaluar. Animado por Orville, aun quiere hacerlo una tercera vez, pero Polly lo impide. Dino propone a Polly que haga lo mismo. Ella, mujer experimentada en soportar pesos masculinos, lo acierta de un vistazo. En el centro del salón hay un extraño mueble circular, dividido en tres partes, cada una de las cuales es un asiento. Orville: “Es el sofá de mis antepasados: ¡un sofá de amor! -[Dino] ¿Para tres? -Victoriano, ¿sabe? Dos amantes y una carabina. Pero eso no detenía a nadie. Casi siempre era una vieja medio sorda, haciendo punto [coge las agujas y una madeja]”.

Polly coge una mano de Dino y observa que tiene las lunas pequeñas. Dino empieza sus incursiones. Polly, arisca, se levanta, da una vuelta completa al sofá y se sienta en las rodillas de Dino. Éste le acaricia una pierna. La chica le golpea la mano. Orville se levanta para dejarlos solos. Polly también quiere irse, pero Orville la devuelve a las piernas de Dino: “-No, costillita, sé una buena anfitriona. No queremos que mañana tenga dolor de cabeza. -[Dino, extrañado] “¿Qué es esto? ¿Una cámara indiscreta?”. Polly va a la cocina, donde Orville cocina los espaguetis: “-¿Con qué derecho trata a tu mujer con esa frescura? -[Sonriendo] Le salva porque tú no eres mi mujer, si no le echaría a patadas. -[Triste] Claro”. Polly saca los platos al comedor. Dino se abraza a ella. Llega Orville con el chianti. Encienden las velas, apagan la luz.

Porche. Zelda con sus padres. La madre reprocha a la hija que rechazase buenos partidos para irse a casar con un desgraciado. Zelda entra, y vuelve a salir llevando una maleta. “-¿Vuelves con Orville? -Sí, madre. Él te conoce mejor que yo. Eres mezquina, venenosa, metomentodo”. El padre se incorpora para decir a su hija,

agradecido: “¡Gacelita!”. Pero se vuelve a sentar, fulminado por la mirada de su mujer.

Casa de los Spooner. Tras la cena, pasan al salón. Orville se sienta al piano. Polly le pide que toque una de sus canciones. Toca *Soffá*, para regocijo de Barney que escucha desde el porche. Dino juguetea con un pie de Polly y se sirve chianti en su zapato. Cuando Orville termina la canción, vuelve la cabeza. Dino está echado sobre Polly. Orville le pregunta qué le ha parecido. “¡Menudo material! Me la quedo”. Polly se levanta y besa a Orville, pero Dino tira de ella atrayéndola de nuevo a su lado: “¡Quédese donde está, costillita! [a Orville] ¡Tóquela otra vez! -Es un placer”.

Cuando llega Zelda, se une a Barney, que mira desde el porche cómo Orville baila con Polly. Bajo la ventana, sentado en el suelo, bebiendo chianti en el zapato de Polly, Dino queda fuera de su campo visual. Barney trata de explicarle: “-Zelda, hay ciertas cosas que un hombre no puede pedirle que haga a su mujer. -¡Si esto no le mata lo haré yo! -No culpes a Orville, la idea ha sido mía. Orville ni siquiera la conocía. Yo la traje y se la presenté. Y no te preocupes por el dinero que cuesta porque Orville y yo vamos a medias”. Zelda le da una bofetada. “-Está bien, Zelda, pégame todo lo que quieras, pero no entres ahí. Lo estropearías todo. -¡No entraría ahí por nada del mundo! -Buena chica. Ahora vete a casa de tu madre y mañana por la mañana... -Me voy, ¡pero no con mi madre!”. Se marcha.

Acabado el baile, Orville se disculpa con Dino. Buscando una última oportunidad, el cantante dice que necesita doce copias de la partitura: “Comprendo que es una faena porque como salgo temprano tendrá que trabajar toda la noche. Y no se preocupe por mí o su mujer, no le molestaremos. Podemos salir al jardín y ella me enseñará el perejil”. Pero, casualmente, Orville tiene doce copias de esa canción. Barney corre a llamar por teléfono para pedir a su socio que deje el campo libre a Dino. Orville pretexta un partido de bolos: “Estos partidos suelen alargarse, puede que tarde horas, así que no me esperen levantados”. Polly, que ha empezado a teclear una canción que Orville compuso para Zelda cuando eran novios, le pide que la toque antes de irse. Orville vuelve a sentarse al piano.

En el Belly Button, Zelda se emborracha de Bloody Marys. “¡Camarera! Convide a todos los de la orquesta, yo pago”. La música que inunda el local procede de una juke-box. Como la máquina no obedece su petición de que toquen una canción de Orville, Zelda la golpea. Bertha la saca por la puerta de atrás y la lleva al remolque de Polly.

En casa de Orville, éste sigue tocando la canción que compuso para Zelda. Polly, a su lado, lo abraza. Dino quiere que se vaya, pero Orville está en el séptimo cielo y ni siquiera acepta la oferta de Dino, que quiere comprar la canción. Dino, mosqueado, se despide. Polly reacciona y lo retiene. Luego, lleva a Orville hasta la puerta. Él sale, contrariado: “-¿Seguro que quieres quedarte sola con ese tipo? -Formalidad. Me han contratado para un trabajo y lo haré. Buenas noches, cariño”. Lo besa y cierra la puerta.

Atacado por los celos, Orville no escucha las fantasías de Barney. “-¿Cree que puede comprar a mi esposa por una canción? -¿Qué esposa, de qué estás hablando? Ésa no es tu esposa. -Él y su pandilla creen que son los amos de la tierra, conduciendo sus blancos coches, atropellando, robando y vistiendo sus elegantes camisas. Para ellos somos un puñado de infelices, imbéciles, esclavos. En cuanto

desean alternar debemos izar la bandera blanca, entregarles nuestras casas, nuestras mujeres, nuestros vinos [Vuelve la vista atrás, a tiempo de ver cómo en su casa se apagan las luces] ¡No! ¡No lo conseguiremos!”. Echa a correr hacia la puerta, rompe el cristal, descorre el cerrojo y descubre a la pareja, tumbados en el suelo. Dino: “-Si hay algo que no soporto es un marido fisgón. -¡El gran astro de Hollywood! Cree que puede llegar aquí, chasquear los dedos y le serviré a mi mujer en bandeja de plata. ¡Fuera! -[Polly] Orville, por favor. -Ya me ha oído. ¡Fuera! [Enarbola su bolsa de bolos] Salga de aquí o le echaré a gorrazos. Voy a contar hasta cinco”. Fuera, Barney escucha un gran estrépito, como de pleno en la bolera. Dino sale despedido por los aires y detrás de él sale su equipaje. Desde la puerta, Orville increpa: “Si desea un plan, compañero, vaya al Belly Button, pero no intente profanar nuestro feliz hogar”.

Polly reprocha a Orville su conducta. Él se excusa: “-No quería que pensase que fuera usted un cebo. -Pero qué importancia tiene un hombre más o menos en mi vida. Soy Polly la Bomba, ¿recuerda? La chica que más recomienda el barman. -Yo no soy el barman. Y usted no es Polly. ¡Esta noche no! Esta noche somos el señor y la señora Orville J. Spooner”. Mientras recoge la cocina, Polly pregunta qué significa la jota: “-Jeremías. -Me está bien por preguntar”. Orville coge la botella. Polly: “No la tire, Jeremías. Nos haremos una lámpara con ella”. Polly se sorbe las narices. Orville: “¿Estás peor del resfriado? -No es mi resfriado”. Orville apaga las luces. Se dirige a la puerta del dormitorio: “¿Lista, señora Spooner?”. Ella pasa junto a él, que cierra la puerta.

Belly Button. Ninguna de las camareras es del agrado de Dino. El camarero le indica el remolque de Polly. Zelda reconoce a Dino. Él lamenta lo que le ha ocurrido: “Mi coche se estropeó y me liaron con un profesor de piano. ¿Qué no harán esos aspirantes por vender una canción? Me ofreció su mujer como el que ofrece un café, ¿te haces una idea? -Empiezo. -No estaba mal si a uno le gusta la comida casera, pero yo prefiero comer fuera. -¿Qué canción le cantó? ¿*Sofía*? -¿Cómo lo sabes? -¿Le gustó? -Necesito otra canción italiana tanto como una jirafa una bufanda”. Zelda comprende la oportunidad que tiene en su mano y decide sacar el mejor partido, diciendo a Dino que ya está en declive y que otros cantarán mejor esa canción. Él se pica y la canta.

Al amanecer, Dino abandona el remolque visiblemente satisfecho. El loro, cantando *Sofía*, despierta a Zelda. En el gollete de una botella, Dino ha dejado 500 dólares. El coche de Dino abandona el Belly Button al tiempo que llega la grúa de Barney, conducida por Orville. A través del cristal de la puerta, Zelda presencia la despedida de su esposo y la prostituta. Polly: “-Orville... Adiós, señor Spooner. [Viéndole serio] ¿Qué le ocurre? -Estoy pensando en suicidarme. Ayer era un ciudadano decente, un donador de sangre, un firmante de peticiones. Y hoy, ya me ve, un cualquiera. - ¡Tonterías! Pasó la noche con la señora Spooner, ¿recuerda? -[Iluminando su mirada] ¡Sí! Tiene razón. Tenga. -¿Qué es esto? -Lo que acordamos. Es el trato que hicimos: 25 dólares. -[Retirándole la mano] ¿Hubiera usted pagado a su mujer? -Pero usted necesita dinero, está ahorrando para el coche. -¿Qué coche? Desistí de ello hace tiempo. Ya no saldré de esta ciudad. Pero no tiene que preocuparse. Si nos encontramos alguna vez simularé que no le conozco. Ha sido bonito conocerle. -Me gustaría poder hacer algo por usted. -Ya lo ha hecho. Por ejemplo, me ha curado el resfriado”.

Polly entra en su remolque. Zelda: “-Llega a tiempo, estoy haciendo café, ¿quiere? No se sorprenda. Usted ocupó anoche mi lugar, yo ocupé el suyo. Así de sencillo. -Entonces, usted es la señora de... Verá, lo que haya podido hacer su marido

lo ha hecho por usted. -Y lo que yo haya podido hacer lo hice por él. Nunca había estado en un remolque. Es muy acogedor. -Me gusta su casa. Especialmente su cocina. Verá, por una noche me ha gustado ser esposa. -Y por una noche me encantó ser Polly la Bomba [saca del bolsillo de la bata los billetes de Dino] ¡Oh, esto es suyo. -¿Quinientos dólares? ¿Por qué no encuentro yo visitantes así? -Lo encontré, pero esta noche estaba usted casada. -¿De verdad esto es para mí? -Se lo cambio. Por esa sortija [Polly ha olvidado devolver a Orville su anillo]. -¡Oh, lo siento, lo olvidé! Y si usted encuentra un ombligo rodando por la casa, es mío. -No pienso volver. -¿Es posible? -Me voy con mis padres. -No debería meterme en sus cosas, pero comete usted un error. Si yo fuera usted, ¡y lo fui!, no dejaría a Orville. Una mujer sin un hombre es como un remolque sin coche. No va a ningún lado. Cuando se da con un buen tipo hay que pegarse a él. Yo trato con muchos hombres casados y créame: usted tiene un marido estupendo. -Lo sé. Pero será mejor marido cuando rompa con él". Antes de salir siente una última curiosidad: "¿Qué es eso del ombligo perdido?"

Casa de Orville. Todo ha vuelto a ser como antes: Mulligan al piano [ahora con más acierto], el lechero en la puerta. Al fondo, en el cuarto de costura, el maniquí. Orville cierra la puerta y regresa al salón. A través del dormitorio, sigue viendo el maniquí. Va hacia él, cierra las puertas del aseo, del dormitorio, del salón. Llega Barney con un recado de Zelda. Orville lo despide a insultos, pero de pronto se da cuenta de cuáles eran sus palabras y se deshace en alabanzas. Barney: "-Acabo de hablar con Zelda. Quiere verte. -¿Sí? ¿Dónde, cuándo? -Esta noche a las ocho, en casa de su abogado. Ya sabes, encima de los almacenes Pringle. -¿Su abogado? ¿Para qué? -¿Tú que crees? ¡Divorcio! Pero no te preocupes: yo estaré allí de testigo. -¡Estupendo! Entonces podrás jurar que todo fue idea tuya. -No lo entiendes, muchacho. Iré de testigo de ella". Orville vuelve a insultarle.

Frente a los almacenes Pringle el público se arremolina para ver los televisores. Orville espera impaciente. Por la acera vienen Zelda y Barney, riendo. Orville les sale al paso y promete a Zelda que si le perdona no habrá más celos, ni más sospechas, ni más preguntas: "-¿Recuerdas hace cinco años, cuando intercambiamos los anillos? Nos prometimos en la riqueza, en la pobreza, en lo bueno, en lo malo. -¿Dónde está tu sortija? -¿Mi sortija? ¡Ah, sí! En la ducha, se fue por el desagüe". Mientras hablan, se escucha la melodía de *Sofía*, cantada por Dino. Orville se abre paso entre la gente para ver a Dino en los doce canales de televisión. Cuando acaba de cantar, explica cómo encontró esa canción en un pueblo de Nevada, Climax. Cuando dice los nombres de los compositores, todos felicitan admirados a Orville y Barney. Orville a Zelda: "-Costillita, probemos otra vez. ¿Qué ocurrirá cuando Barney y yo aparezcamos en el programa de Ed Sullivan y yo no te vea entre el público? -Siempre puedes ver a otra en mi lugar. Nadie notará la diferencia". Suena un claxon a sus espaldas. Es Polly, que arrastra su remolque con un coche de 495 dólares recién comprado. Orville saluda sonriente. Luego se justifica ante Zelda: "-Me arregló las uñas mientras estuviste fuera. -No te he preguntado nada. -Es cierto, se acabaron las preguntas. -[Zelda saca el anillo del bolso] Toma, es mejor que te lo pongas. -¡Mi anillo! ¿Dónde lo encontraste? -¡Se acabaron las preguntas! -Debo estar volviéndome loco. No entiendo ni jota. -¿De qué? -El anillo, la canción, el coche, Dino... ¿Cómo puedes tú? ¿Cuándo ella y...? ¿Y por qué iba él a...? -[Zelda sonríe] Bésame, tonto"

COMENTARIO

Adaptación de la obra teatral de Anna Bonacci *L'ora della fantasia*. Comedia ácida en la que Wilder afirma que una prostituta y un ama de casa son, en el fondo, la misma cosa, diferenciándose tan sólo por el distinto papel que a cada una le ha tocado en el gran teatro del mundo. Esta equiparación moral entre ambas categorías de mujeres (con perceptible trato de favor hacia la prostituta) desató las iras de las ligas católicas, que hicieron fracasar la película. Cansado de luchar contra los elementos, Wilder se tomó un año de inactividad en Suiza.

La peripecia que da lugar al intercambio de papeles entre la esposa y la prostituta es la siguiente: un famoso cantante recalca por accidente en una pequeña ciudad de Nevada, propiciando que dos compositores provincianos vean llegada la ocasión de vender alguna de sus canciones. Uno propone atraer al cantante mediante un cebo. El otro se niega a que el cebo sea su mujer. Al cínico se le ocurre sustituirla por una prostituta y al hipócrita eso le parece bien. Arrojada de su casa, la esposa vaga en la noche hasta llegar a un club de alterne donde, sin proponérselo, ocupa el lugar de la prostituta por la que ha sido sustituida. Las felices conjunciones a que da lugar el embrollo cierran la peculiar jornada de un modo conveniente.

Hay en todo momento una segunda dimensión interpretativa a través del uso simbólico de los objetos: el maniquí, el sofá de tres plazas, la botella de chianti, cuyo simbolismo fálico se confirma cuando Orville la descorcha con la mirada fija en las caderas de Polly, en una clara metáfora de la eyaculación. O cuando la chica, libres ya de Dino, dice a Orville: "No la tire. Nos haremos una lámpara con ella", y se van al dormitorio.

Algunos detalles son de un gusto visual exquisito, como las sombras proyectadas por el camión de encaje sobre la cara furtiva del marido celoso. Está muy bien que el loro deje de graznar disparos para cantar una canción de amor; y la botella de leche guardada en el piano a la espera del momento oportuno (si se acepta la oportunidad de que una chica de alterne beba leche, algo raro). Están muy bien utilizados, aunque no sean originales, los planos remate, con la cámara enfocando las puertas que se cierran; o las confluencias de vehículos, saliente y entrante, como enlace entre secuencias.

Sin embargo, *Bésame, tonto* dista de ser una película redonda. En una comedia de enredo el autor es capaz de imaginar la manera en que una serie de circunstancias normales puede dar lugar a un equívoco extraordinario. La clave está en que todo resulte natural y los personajes parezcan dirigidos por el azar. Si al escritor se le ve la mano, se pierde el encanto. Y eso es lo que sucede en esta historia, donde personajes y situaciones llevan el sello de lo artificioso. Ya de entrada, no se entiende que los vecinos de Climax dispensen el trato de ciudadano respetable a quien en menos de una hora es capaz de agredir al lechero, al alumno y al dentista. La naturalidad con que estos personajes aceptan los disparates de Orville les hace perder toda credibilidad y los reduce a parte del mobiliario (algo así como la Margareth Dupont de Groucho, sólo que el tipo de gags que funciona en las comedias entrecortadas de los Marx no sirve para sostener una comedia de enredo).

En *Bésame, tonto* nada fluye por sí mismo. Las situaciones se encadenan por puro capricho del autor. Lo normal, por ejemplo, es que Polly se ponga las ropas de Zelda en el dormitorio, y que Orville se quede o se vaya, según su gusto, pero no que

la prostituta se vaya a vestir al cuarto de baño. Éste es un escorzo del guion, necesario para que el ombligo de la chica rueda bajo la cama donde duerme Dino y Orville tenga que ir a buscarlo, dando pie a un gag rematado por la mirada de Dino a cámara. En 1964, este tipo de efectos da grima.

Son igualmente forzados los sucesivos encuentros en la ducha, con los toquecitos en las nalgas. Y qué decir de la absurda idea de hacer que Dino, puesto en pie sobre el colchón para bajar la persiana, se balancee imitando el ruido de una pareja que hiciera el amor.

A veces es difícil decidir si la rudeza del humor se debe a la falta de inspiración de Wilder o a su deseo ¡puritano! de impedir que Dino se beneficie de Polly, empeño que lleva a desenlaces tan inadmisibles como el del menage-a-trois, en el que el timorato Orville goza del cuerpo de la chica mientras el play-boy se conforma con beber en uno de sus zapatos.

En cualquier caso, Wilder hace del conquistador el personaje más desairado mientras la esposa resulta el único creíble. En boca de Zelda pone Wilder las cotas más altas de irreverencia cuando espeta a su madre: "Eres mezquina, venenosa, metomentodo"; cuando ironiza sobre las pretensiones de su marido: "¿Has estado leyendo Play-Boy otra vez?"; cuando resume ante la prostituta: "Usted ocupó anoche mi lugar, yo ocupé el suyo. Así de sencillo". Y, cómo no, cuando pone el perfecto colofón a su aventura: "Bésame, tonto".

Otro acierto es la música. Excelente la incidental de André Previn, con esos compases que acompañan los ataques paranoicos del celoso; adecuadas las canciones de Gershwin que se supone han compuesto los dos amigos. Pero la música no está sólo en las partituras. Hay en todo el diálogo un sarcasmo permanente contra el mundo de los músicos, escarnecedor en la persona de Dean Martin o en la mujer de Irving Berlin, más sutil en parodias como la canción *Soy un huevo frito*.

Película, por tanto, muy irregular, en la que se puede encontrar lo mejor y lo peor del cine de Wilder.

Algunas anécdotas de rodaje. El primer intérprete de Orville fue Peter Sellers, que tuvo que abandonar el rodaje a causa de un ataque al corazón. Sellers se había quejado de la gran cantidad de curiosos que se pasaban a diario por el plató. Uno de los visitantes fue Gene Kelly, circunstancia que Wilder aprovechó para pedirle una coreografía para el baile de Kim Novak con Ray Walston, advirtiéndole que no cobraría por ello ni su nombre aparecería en los créditos. Felicia Farr, mujer de Jack Lemmon en la vida real, había sido retirada del cine por su marido; sólo la amistad que lo unía a Wilder lo movió a consentir que su esposa encarnase a Zelda.

REPARTO

Dino.....	Dean Martin
Polly The Pistol [La Bomba]	Kim Novak
Orville Spooner	Ray Walston
Zelda 'Lambchop' Spooner	Felicia Farr
Barney.....	Cliff Osmond
Big Bertha	Barbara Pepper